

## Lo absurdo o el dolor de existir.

Gibrán Larrauri Olguín.

*A manera de introducción quiero expresar que, en lo sucesivo, mi intención fundamental no es la de evidenciar a nadie –aunque ciertamente lo haré- sino la de aportar un giro a la discusión que hoy me ocupa. Es decir, no intento provocar divorcios sino convergencias. Mucho menos, intento casamientos forzados entre dos reflexiones que, sin embargo, desarrollaron concepciones sobre lo humano muy próximas entre sí, en circunstancias que podrían calificarse de idénticas: Europa de la segunda guerra mundial, y de la posguerra.*

El pasado 8 de junio del presente año tuvo lugar en el Instituto Francés de América Latina (IFAL) una mesa redonda en torno a la vida y obra del escritor argelino Albert Camus (1). Allí, se habló de variados temas relacionados con el autor entre los que destacaron su actividad como periodista, marcada ésta por una posición sumamente ética que denunciaba tanto al verdugo de derecha como al de izquierda; se habló de su rechazo a ser llamado “existencialista”, y de su separación intelectual de Sartre, quien, por cierto, lo llegó a llamar “*philosophe amateur*” por no haber producido un sistema filosófico bajo los cánones de la Academia; se habló también de su producción teatral, la cual fue recibida con poco “éxito”, pues, el público solía mostrarse aburrido, desconcertado, o tal vez muy angustiado debido a la atmósfera lánguida que Camus le imprimía a las escenas; se mencionó su afinidad y nexos con el mundo español, lo cual

respondía al origen de la que fue su madre; y por supuesto, se evocó largamente lo que a mi entender representa el cenit bipolar de su creación literaria, es decir, se evocó su novela “*El extranjero*”, cuyo prot-agonista, *Meursault*, sin duda representa uno de los paradigmas del hombre posmoderno, y se habló de su ensayo titulado “*El mito de Sísifo*”, ambas realizaciones publicadas en 1942, y que contribuyeron de manera decisiva para que Camus se hiciera acreedor del premio Nóbel en octubre de 1957 y de las críticas negativas y positivas que suele generar la aceptación de este premio.

Una vez llegado el tiempo de las preguntas formuladas por el público, alguien, cuyo nombre no conocí, preguntó a los ponentes si podía establecerse alguna relación entre el pensamiento de Camus y el discurso psicoanalítico lacaniano, a lo que la Dra. Lawrence le Bouhellec, quien cabe señalar, dio evidencia de ser una notable conocedora y pensadora de lo escrito por Camus, respondió que le parecía sumamente complicado poder cimentar un puente entre ambas obras, refirió que se trata sobretodo de cavilaciones inconexas.

Evidentemente, opino que no es así, y que dicha afirmación proviene de un profundo desconocimiento de la propuesta lacaniana. Precisamente de este desacuerdo surgió el deseo por escribir este artículo, pues, pienso que ambos razonamientos se intersectan en puntos clave, al extremo de que me atrevo a afirmar que lo absurdo, concepto eje en Camus, encuentra su símil en el dolor de existir, emparentado éste a su vez con lo real y con el síntoma, en el psicoanálisis lacaniano. A continuación trataré de de-velarlo.

Tenemos que de acuerdo a Camus, la vida del hombre es simple y llanamente absurda: está despojada de Sentido en cuanto a su razón de ser, y está inexorablemente encaminada a la tragedia en cuanto a su fin que es la muerte. A lo largo de su obra, Camus expone que la certidumbre y la plena satisfacción, nociones complementarias, y que él encuentra en la intimidad de la reflexión existencialista y de la religiosa, no son ni por un momento compatibles con la vida humana, pues su posibilidad significaría haber podido aprehender la Verdad, y ésta, a través de las civilizaciones, ha permanecido fugitiva. Esto lo saben bien -a veces a regañadientes- tanto filósofos como científicos. En otras palabras, Camus indica que lo fundamental sobre el motivo de la existencia del hombre en el universo y del universo mismo permanece insabido, que no hay Sentido del sentido (2), que no hay Otro del Otro, en fin, que no hay relación sexual, por ende, indica que no habría por qué pensar que la felicidad es posible en vida ni después de ella y que en cambio, lo que se presenta como un hecho es el malestar constante.

En palabras del propio escritor, el existir del hombre “Es un exilio sin remedio, pues está privado de los recuerdos de una patria perdida o de la esperanza de una tierra prometida.” (3) Y prosigue: “Entre la certidumbre que tengo de mi existencia y el contenido que trato de dar a esta seguridad hay un foso que nunca se llenará. Seré siempre extraño a mí mismo. En psicología, como en lógica, hay verdades pero no verdad.” (4)

Para quien se encuentra en una búsqueda y en un encuentro psicoanalítico lacaniano, lo dicho por Camus puede tomar dimensiones de claridad. Desde el psicoanálisis se puede saber que, el sujeto sólo puede advenir a través de que sea exiliado de esa patria sin bandera y original, en el sentido estricto de la palabra, conocida como la Cosa, la cual, bien puede ser concebida como la “emperatriz intangible de la vida anímica, objeto absoluto.”(5) El sujeto sólo se constituye abandonando el goce del ser, propio del recién nacido, mediante la interdicción efectuada por el Otro. A esto se le llama castración, y no significa otra cosa que entrar en la red de la Ley que se funda mediante la prohibición del incesto y del parricidio. De esta manera, se adquiere una identidad ilusoria en la medida en que su consistencia radica en aquello que, siendo estrictos, carece de consistencia, es decir, la lengua.

O lo que es lo mismo, la subjetividad nace siempre de la renuncia a ese estado primitivo de indiferencia en donde la satisfacción se encuentra en el lugar en el que el juicio deberá ser edificado, lugar del cual no se guarda memoria, que sin embargo, es el fundamento de toda memoria, y que así, crea la dimensión del deseo el cual aspira precisamente a volver a ese estado de satisfacción sin verdaderas posibilidades de lograrlo. Así pues, lo que está en juego en la castración, en la implantación de lo simbólico, es la creación del registro de la falta como condición para formar parte de la cultura.

De esta manera, porque el vacío existe, es que el hombre adquiere la capacidad de crear su entorno e incluso de destruirlo. En esta medida, el hombre es alienado por el

lenguaje y puede decirse que vive en perenne exilio interno, despojado de la omnipotencia y de la plena libertad. Ejemplificando esto con las matemáticas, hay que decir que si el sujeto fuese número sería el 0, pues “Si el 0 es la representación numérica del concepto sin objeto, el significante de la ausencia, el sujeto, definido como corte, como hiancia, está ubicado en el lugar del 0.” (6)

“Sólo hay para el ser en el mundo desemejanzas, disparidades, desencuentros, desvíos dis-cursos. La coincidencia pone fin al acto de pensar y el organismo se descarga, se vacía. La discordancia, por el contrario, proporciona el envión para el trabajo de pensar. Para discernir, en la percepción presente, la distancia con respecto de la representación de *das Ding* ausente.” (7)

La extrañeza es condición misma para la cogitación en torno al mundo, es el saldo real del acceso a lo simbólico.

Situación absurda y dolorosa la del sujeto que para constituirse tuvo que ser objeto del despojo de la plenitud para después buscarla en vano en las cosas del mundo, y además, si la encontrara, eso significaría su extinción. El deseo impulsa al sujeto al acabamiento pero la Ley hace que recule principalmente mediante el principio del placer. Por esto se habla del sujeto como un ente dividido en psicoanálisis, y por esto, Camus encuentra que para el hombre el mundo es espeso y extraño a la vez, calificativos con lo que él define lo absurdo, y “Lo absurdo es esencialmente un

divorcio. No está ni en el uno ni en el otro de los elementos comparados. Nace de su confrontación” (8).

Diferentes cuestionamientos se puede efectuar a partir de lo anterior, empero, en mi razonamiento se impone uno que es consecuente con la finalidad de este escrito: ¿Qué hacer con lo absurdo? O mejor dicho, ¿Qué hace el sujeto con lo absurdo de su existencia, qué hace con ese real inaprensible que desmorona toda posibilidad de certitud?

Por lo común, el sujeto, o al menos, el sujeto que demanda el análisis, llega ahí porque ha interpretado ese absurdo y lo ha transformado en síntoma, en goce insoportable que obtura el deseo. Recordemos que el síntoma “muestra en lo real del cuerpo lo que no ha podido ser articulado en la cadena simbólica.” (9) Al no existir la o las palabras que puedan decir lo real, el sujeto metaboliza esa falta de palabras en diversas formas que inundan el cuerpo de goce al punto de poder convertirlo en puro sufrimiento. Así pues, de la desesperación nacida de la falta, de la discordancia entre el deseo y la Ley, surge en el sujeto la necesidad de encontrar el saber que ponga calma a su sufrimiento, y se dirige a quien supone como ese Otro todopoderoso que, en apariencia, tiene la respuesta al por qué de la ex-sistencia y la guía para desarrollarla “plenamente”.

Ese alguien por supuesto que no siempre es el psicoanalista. La mayoría de la veces ese alguien resulta ser aquel que se representa como no horadado, como completo

y sabedor de cómo hay que vivir. Hablo del amo, ya sea bajo la fachada del político, del religioso, del académico, del artista, del psicólogo, etc., que hoy en día, difunde su imagen de manera notable con la intención de guiar a una población de madre mediática y de pensamiento objetivo emanado del culto a la ciencia.

Pero, si bien no siempre resulta ser el psicoanalista aquel a quien se le pide otorgue la calma ante lo absurdo, a veces así sucede. Y es aquí donde nace otra pregunta que puede ayudar a poner en claro la convergencia que se produce entre Camus y Lacan: ¿Qué hace entonces el psicoanalista lacaniano frente a la demanda mencionada?

Puedo afirmar que lo que no hace es confesar de tajo que el no tiene las respuestas que el sujeto espera encontrar, pues, hacerlo representaría echar por la borda toda posibilidad de análisis. Por otro lado, puedo afirmar que lo que tampoco hace es interpretar la sintomatología del paciente con sentencias que por ejemplo, se basan en su historia de desarrollo, es decir, no interpreta el síntoma con saber académico, ya que, se ha demostrado de manera contundente (10) que las prácticas que se basan en “explicarle” al paciente la razón de ser de su malestar sólo tienden a empeorarlo, o en su defecto, a metamorfosearlo, pues lo real resiste a todo saber que pretenda domarlo, además, siguiendo este camino, no habría más distinción entre el amo perverso y el psicoanalista.

Lo que sí hace el psicoanalista es propiciar las condiciones para escuchar esa interpretación que el analizando ha hecho de lo insoportable, e interpretarlo, sí, pero no en dirección a cernirlo sino en dirección a tocarlo, a des-enterrarlo para que así, el sujeto se cuestione sobre el dolor de existir del cual en el fondo nada quiere saber y que no obstante, lo ha llevado a buscar a alguien que se lo explique.

“No se trata de colmar con saber la falta en ser que el síntoma manifiesta sino de crear las condiciones para que ese saber Otro del síntoma, saber ignorado, ocupe el lugar de la verdad y quede así definitivamente separado del sujeto y se impugne toda posibilidad de goce.” (11)

Después de todo, “Lo importante, decía el abate Galiano a Madame d’Epinay, no es curarse, sino vivir con los propios males.” (12) No hay cura de lo que en sí es incurable, y si la hubiera, el sujeto mismo desaparecería con su aplicación. De aquí se entiende por qué la ciencia en estos tiempos posmodernos ha creado el efecto de objetualizar bastantes subjetividades al producir las aparentes respuestas sobre todo lo que las constituyen. Al intentar borrar la dimensión de lo absurdo con el saber científico, el humano se posa frente al inminente atropello del deseo. Siguiendo a Camus:

“Empobrecer esta realidad cuya inhumanidad hace la grandeza del hombre, supone empobrecerle al mismo tiempo. Por lo tanto, comprendo por qué las doctrinas que me explican todo me debilitan al mismo tiempo. Me libran del

peso de mi propia vida y, sin embargo, es necesario que lo lleve yo solo. ”

(13)

Podría pensarse que el mismo psicoanálisis ha pretendido explicarlo todo, empero, lo único que realmente ha explicado es que el Todo es inaprensible, que siempre habrá un resto que escape a las pretensiones de logos. En el fondo esto es, en mi humilde opinión, la única verdad que el psicoanálisis predica y practica.

En este sentido, se colige que el psicoanálisis no resuelve lo absurdo, pues, su resolución, de acuerdo a Camus, se hallaría en el suicidio ya que el suicida “Discierne de su porvenir, su único y terrible porvenir, y se precipita en él.” (14) El camino que el análisis y Camus proponen, es el camino contrario al suicidio, es el camino de la rebelión, en términos psicoanalíticos, es el camino del amor, el de dar la falta. Para que tal efecto se produzca en el analizando es menester que el analista escuche y que no oiga, dicho lo cual, hay que saber callar, darle al sujeto la oportunidad, tan escasa actualmente, de decir su desgracia e impotencia así como todas sus intenciones reprimidas por efecto del superyó y en favor de la cultura. Hay que darle su lugar a la palabra.

A la usanza de una especie de digresión, de esta forma se alcanza a entender una vez más por qué la disciplina que se ocupa de aliviar o guiar almas (la psicoterapia) suele fracasar en su pretensión, pues, su discurso y técnica apuntan a otorgar los consejos, asesorías y alternativas que suponen aliviar la falta, entiéndase la culpa y la

deuda (*schuld*) inherentes al sujeto por el sólo hecho de haber un ganado un lugar en la cultura mediante la renuncia al goce del ser, y así, existir. Entonces, tenemos que dicha disciplina de apariencia multifacética soslaya que “Contrariamente a su vida, todo lo irreductible y apasionado que hay en un corazón humano lo anima.” (15) La psicoterapia se asemeja a la estructura histérica e incluso a la perversa: nada quiere saber del hoyo en lo simbólico generado por la inexistencia de relación sexual, sin embargo, es ese hoyo el que determina toda su labor.

Volviendo de lleno a lo que me ocupa, y a modo de recapitulación, tenemos que el sujeto llega al análisis en inconsciente espera de que se le explique o de que se le libre de la carga del dolor de existir, dolor que él interpreta mediante el síntoma. Paradójicamente, del origen de ese dolor es de lo que menos quiere saber el sujeto, pero sabe.

Dicho lo cual, el objetivo del análisis es que el sujeto se responsabilice de lo absurdo, que hable de *eso*. Así, el probable fin del análisis se encontrará cuando el sujeto advenga en su totalidad mediante la renuncia al goce que obtiene del síntoma descubriendo que está en falta, y que no hay promesa que valga para resanarla, lo cual, no le dejará otra vereda que la de su deseo, la aventura de su búsqueda de la Cosa destinada al fracaso pero no al aburrimiento ni a la tristeza sin remedio. Esa búsqueda le permitirá gozar no del ser, no al estilo del autista sino al estilo fálico, es decir, palabra y demanda mediante.

Llegados a este punto, próximo al final de mi exposición, se puede colegir por qué tanto el psicoanálisis lacaniano como la obra de Camus han sido tildados de ser pesimistas, y de que apuntan, ya sea a la apatía o la locura. Nada de eso. Si bien es cierto que ambas obras tocan lo ominoso de la existencia, es decir, lo que yace al fondo de la misma, o sea, el vacío, no por eso proponen su extinción o una apatía y tristeza irremediable por el mundo que el melancólico representa de manera nítida. Lo que proponen es emprender la aventura de crearse a partir de ese vacío, proponen hallar ahí, en el dolor, la gasolina necesaria para una vida que aun cuando se reconoce sin Sentido, se reconoce fértil en su capacidad de re-producir experiencias y de cambiar circunstancias, proponen atravesar los mandatos que amarran al deseo bajo la amenaza de la angustia. Esto, de ninguna manera quiere decir que cada quien puede hacer lo que le venga en gana y borrar así toda responsabilidad por los actos que se cometan, lo que se trata de expresar es que la castración ya está efectuada y es irreversible, que la libertad es una ilusión pero que la búsqueda por la di-versión es una posibilidad que se abre en contrapartida a la uni-versión que el Padre espera al ofrendarle el deseo en pro de a hacer “lo políticamente correcto” para que “el bienestar de la sociedad” perdure, pues, ese mentado bienestar nunca ha existido, ya Freud se encargó de demostrarlo de manera contundente. (16)

La lectura de la obra de Camus, así como la lectura que un sujeto hace de su parecer en un análisis llegan al punto en donde se llega a “realizar abiertamente estas dos tareas, negar por un lado y exaltar por el otro” (17), negar el goce de la completud y

la servidumbre al amo, y exaltar los matices que propone el deseo; y en donde se descubre que él, el sujeto (el lector) “Debe dar al vacío sus colores.” (18)

Me gustaría cerrar con la más larga de las citas que, para no variar también proviene de Camus, y que me parece bien podría acoplarse a la verdad que surge al final de un análisis desde y para el sujeto que lo emprendió, una verdad no proveniente de un *happy ending* ni de uno amargo y negro, sino de un final que en sí sólo representa otro comienzo:

“Toda la alegría silenciosa de Sísifo consiste en eso. Su destino le pertenece. Su roca es su cosa. Del mismo modo, el hombre absurdo, cuando contempla su tormento, hace callar a todos los ídolos. En el universo vuelto de pronto a su silencio se alzan las mil vocecitas maravillosas de la tierra. Llamamientos inconscientes y secretos, invitaciones de todos los rostros constituyen el reverso necesario y el premio de la victoria. No hay ni sol ni sombra y es necesario conocer la noche. El hombre absurdo dice que sí y su esfuerzo no terminará nunca. Si hay un destino personal, no hay un destino superior, o, por lo menos, no hay más que uno al que juzga fatal y despreciable. Por lo demás sabe que es dueño de sus días. En ese instante sutil en que el hombre vuelve sobre su vida, como Sísifo vuelve hacia su roca, en ese ligero giro, contempla esa serie de actos desvinculados que se convierte en su destino, creado por él, unido bajo la mirada de su memoria y pronto sellado por su muerte, Así, persuadido del origen enteramente humano de todo lo que es

humano, ciego que desea ver y que sabe que la noche no tiene fin, está siempre en marcha. La roca sigue rodando.” (19)

Sísifo “juzga que todo está bien. Este universo sin amo no le parece estéril ni fútil.” (20) Y es por esto que: “Hay que imaginarse a Sísifo dichoso.” (21)

Es así como espero haber logrado mi objetivo que era, que es, mostrar la afinidad entre dos propuestas que pocas veces se han vinculado. De Camus a Lacan. De Lacan a Camus.

México, D.F., junio-agosto 2005.

## Referencias.

(1) Si bien es conocido que Albert Camus era naturalizado francés, y aunque cierto sector intelectual francés se empeña en proclamar a los cuatro vientos que Camus es patrimonio, e incluso, producto de Francia, el mismo autor ha dicho, sobretodo en el prólogo a *El Revés y el derecho* (Madrid, Alianza, 1984.), que su verdadero sentir humano es argelino, sin el cual, nada de lo que escribió hubiera sido remotamente posible. La aguda apreciación del mundo que Camus describió en su obra proviene en su mayoría de su lugar de nacimiento e infancia, es decir, de Argelia. El espíritu ético y el sentido de justicia, sellos distintivos de Camus, obviamente se originaron a la par de su subjetividad, una subjetividad determinada por la austeridad económica y la voluptuosidad natural de su entorno. Por eso, para mí Camus es argelino, sin desconocer la influencia de la cultura francesa en su escritura, claro está.

(2) Ver Néstor Braunstein (2001), *Hay sentido pero no hay Sentido del sentido en que el sentido nos hace creer*, en [www.nestorbraunstein.com](http://www.nestorbraunstein.com).

(3) Albert Camus (1953), *El mito de Sísifo*, Buenos Aires, Losada, 2004, p. 18.

(4) *Ibíd.*, p. 32.

- (5) Néstor Braunstein, *Goce*, México, Siglo XXI, 1999, p. 31.
- (6) Frida Saal, “El saber y la verdad”, en Néstor Braunstein, *El discurso del psicoanálisis*, México, Siglo XXI, 1997, p. 169.
- (7) Néstor Braunstein, *Goce*, op. cit., p. 30.
- (8) Albert Camus (1953), *El mito de Sísifo*, op. cit., p. 43.
- (9) María Teresa Orvañanos, “Más allá de la demanda”, en Néstor Braunstein, *El discurso del psicoanálisis*, México, Siglo XXI, 1997, p. 79.
- (10) Ver Víctor Novoa, “El a-divino”, en Néstor Braunstein, *La interpretación psicoanalítica*, México, Trillas, 1988, pp. 109-121.
- (11) Daniel Gerber, “Interpretar, el malentendido”, en Néstor Braunstein, *La interpretación psicoanalítica*, México, Trillas, 1988, pp. 25.
- (12) Albert Camus (1953), *El mito de Sísifo*, op. cit., p. 52.
- (13) *Ibíd.*, p. 69.
- (14) *Ibíd.*, p. 68.
- (15) *Ibíd.*, p. 69.
- (16) Ver Sigmund Freud (1930), *El malestar en la cultura*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, tomo 21.
- (17) Albert Camus (1953), *El mito de Sísifo*, op. cit., p. 128.
- (18) *Ibíd.*
- (19) *Ibíd.*, p. 137.
- (20) *Ibíd.*
- (21) *Ibíd.*, p. 138.

## **Bibliografía.**

Braunstein, N. Ed. (1988) *La interpretación psicoanalítica*. México: Trillas.

Braunstein, N. Ed. (1997) *El discurso del psicoanálisis*. México: Siglo XXI.

Braunstein, N. (1999) *Goce*. México: Siglo XXI.

Braunstein, N. (2001), *Hay sentido pero no hay Sentido del sentido en que el sentido nos hace creer*, en [www.nestorbraunstein.com](http://www.nestorbraunstein.com).

Camus, A. (1952) *El mito de Sísifo*. Buenos Aires: Losada.

Camus, A. (1984) *El revés y el derecho*. Madrid: Alianza.

Freud, S. (1930), *El malestar en la cultura*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, tomo 21.